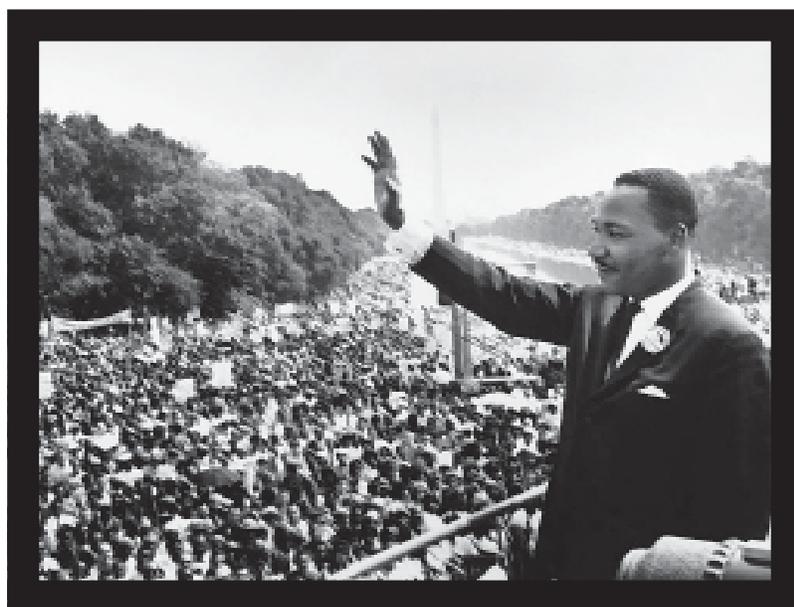


# Martin Luther King ¿Sueño inacabado o labor cumplida?

Luis Carlos Muñoz Sarmiento\*  
Escritor, crítico de cine y de jazz,  
catedrático y conferencista



Es posible que en estos tiempos convulsio-  
nados, el nombre Martin Luther King  
(1929-1968) les diga muy poco a los  
jóvenes e incluso a quienes hoy tienen entre 40  
y 60 años. Mirada a la distancia su vida parece  
seguir siendo la del niño negro de actitud

reservada, estirada e indiferente, la del joven  
digno de bajo perfil más que de baja estatura,  
la del pulcro y regordete religioso oficiador de  
misas, algo intrascendente; pero, también la del  
hombre que resistiendo llegó a ser portada de  
*Time* en 1963 y proponiendo alternativas al

\* Realizador y locutor de *Una mirada al jazz* y *La fábrica de sueños*: Radio Nacional, Javeriana Estéreo y U. N. Radio (1990-2004). Fundador y director del Cine-Club Andrés Caicedo. Docente en los seminarios *Movimientos y Renovación en el Cine*, *Cátedra de Derechos Humanos* (III-XII.05) y Cursos de Contexto *Shakespeare*, *Constitución Política: un proyecto de nación*, *Maestrarates*, *Descubrir el cine: narrativas y tendencias* (II-V.07), efectuados en la U. Central. Finalista del Concurso Nacional de Cuento “25 Años del TEUC” con *Noticias del Imperio, por Henry V. Miller* (U. Central, 2007). Es co-autor del libro *Camilo Torres: Cruz de Luz* (FiCa, 2006), colabora en revistas *Semana*, *Número*, *Al Margen*, *Hojas Universitarias*, *APM*, de Argentina, *Matérika*, de Costa Rica, y trabaja en la edición de *La Fábrica de Sueños (Ensayos sobre Cine)*. E-mail: [lucasmusar@yahoo.com](mailto:lucasmusar@yahoo.com)

racismo, a la discriminación, a la injusticia, Nobel de la Paz en 1964; en fin, la del político *blando* frente al *Stablishment* y por ello, en teoría, antípoda del radical Malcolm X.

Sin embargo, se olvida a menudo, que su vida constituye uno de los más tenaces ejemplos de lucha por su pueblo y que su muerte fue el resultado, aparte de una conspiración, de una cacería oficial liderada por el *eterno* director del FBI, John E. Hoover, cuya vida se redujo a perseguir a quien pudiera constituir un peligro potencial para el establecimiento, desde dos ópticas: la del color de la piel; la de la posición política; también, se olvida, King no sólo es uno de los cabecillas del movimiento por los derechos civiles e importante valor de la resistencia no violenta ante la injusticia y la discriminación, sino una figura carismática que sirvió de inspiración a otros artistas, en particular del jazz, que le dedicaron a su vida y a su obra algunos de sus mejores trabajos. Su ejemplo sirve para recordar a las generaciones actuales y venideras que en el servicio a la humanidad está una de las razones para la existencia; que en la paciencia, el arrojo y la resistencia están tres de los pilares claves para obtener reconocimiento, respeto y por ende dignidad; que la política debe ser un escenario de inclusión, no de racismo e intolerancia; mucho menos, de xenofobia.

Su muerte, antes de los 40 años, es un caso incontestable de acoso, de intimidación, de muerte provocada: hechos que facilitan comprobar las implacables matemáticas del multinacional crimen oficial gringo; el que antes de permitirles llegar a la cuarta década (cuando el hombre y su pesada piedra empiezan a subir al monte de la sabiduría), segó la vida de Malcolm X, en su propia tierra, del *Che* Guevara, en Bolivia, de Patrice Lumumba, en el Congo... éste último, víctima directa del dictador Mobutu, esbirro de los gringos. O, si se prefiere, como propondría Henner Hess, otro caso de *crimen represivo*, que se sumaría al ya

conocido de Camilo Torres Restrepo (revista *Número 47*): caso según el cual las fuerzas de represión oficial se encargan de ir cerrándole a la persona los canales de expresión y de movilidad hasta convertirla en víctima (no oficial) del Sistema.

Este ensayo quizás no cuente nada nuevo, en todo caso sí otras cosas sobre la vida y la obra de King, que no figuran en los anales de la historia oficial o que provienen de fuentes que no se conocen o que apenas ahora comienzan a revelarse sobre sus penas y alegrías tempranas, las vicisitudes políticas de un hombre que no pudo llegar a los cuarenta... los resultados de un esfuerzo que la estulticia juzga inútil, la sobriedad, válido, y la masa, como en las encuestas, no sabe. También se propone aclarar algunos puntos oscuros de la historia que a estas alturas merecen ventilarse: ya es hora de pasar de menores a adultos intelectuales, en un país donde serlo no es precisamente una virtud... desde luego, aprovechando que, una vez más, la noticia proviene del Norte. Ya es hora de renunciar a ocultar evidencias, a respirar porquería, a tragar entero... Para ello, no se hará una hagiografía pues se trata de un hombre con sus contradicciones, sus miserias y sus riquezas, sus frustraciones y sus logros: los que, pese a su aparente derrota, lo llevaron a decir en un discurso memorable: "¡Libres al fin! ¡Gracias, Dios Todopoderoso! ¡Somos libres al fin!" Algo que en el fondo contenía su más íntimo credo: la muerte como redención.

## Años de formación

Nacido en Atlanta, Georgia, el 15 de enero de 1929, hijo mayor de un ministro baptista, fue bautizado primero Michael Luther, como su padre, y como éste, a los seis años, fue rebautizado Martin Luther, en homenaje al reformador religioso alemán. A esa edad, ingresó en la escuela pública *Young Street Grade*, y a los 15, en el *Morehouse College*, liceo para negros, de Atlanta. Estados Unidos había entrado en la II

Guerra Mundial tres años atrás, en 1941, a raíz del manipulador incidente de Pearl Harbor. El lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, produjo en el joven Martin el más profundo rechazo al conflicto y un rasgo indeleble en su carácter: la no violencia. Aunque antes quiso ser médico, abogado y profesor, fue ordenado ministro baptista tres años después. En su decisión influyeron el ambiente del *Morehouse*; sus profesores, en especial Benjamin Mays y George Kelsey, rector y profesor de filosofía, respectivamente, quienes le inculcaron que pastor no riñe con intelectual. Pero, lo esencial de su ejemplo para King, estuvo en llegar a la convicción de que en el mensaje de Cristo, de Gandhi (y antes, en el de Thoreau), estaba el misterio de la justicia; y de que la lucha tenía sentido si era a favor de todos los hombres, no sólo negros sino de cualquier raza, credo, condición social, política, sexual y económica.

Desde muy temprano dejó testimonio de su credo cristiano, fuertemente impregnado de budismo, si se atiende a los complementos, que no opuestos, cielo-tierra, pensamiento-acción, filosofía-praxis, en una forma dialéctica casi perfecta: “Como cristianos no debemos pensar sólo en nuestros tronos del cielo, sino también en los tugurios y ghettos que atrofian el alma; no sólo en los caminos del cielo por los que corren torrentes *de leche y miel*, sino también en los millones de hombres que, por toda la tierra, se acuestan cada noche sin haber saciado su hambre. Toda religión que se preocupa del alma de los hombres y no de las condiciones sociales causantes de la corrupción y de las condiciones económicas que paralizan el alma, es una religión ineficaz que necesita una transfusión de sangre. Tal religión olvida que el hombre es un animal con exigencias físicas y materiales”.

En el otoño de 1948 (el 30 de enero cae asesinado Gandhi), King ingresa en el Seminario Teológico Crozer, de Chester, Pennsylvania, uno de los estados del norte. Allí se gradúa en 1951, con el objetivo previo de

enfrentarse a la sociedad blanca, a la que desde pequeño odió, con odio jarocho... Tras regresar en bus con su profesor y la conferencia *El negro y la Constitución* de un concurso de oratoria en una ciudad de Georgia —uno de los estados más racistas de la Unión: *Georgia on my Mind*, de Ray Charles, estuvo prohibido más de treinta años allí: hoy, por manes de la política, es el himno del Estado—, el chofer los conminó a ceder sus puestos cuando más pasajeros blancos subieron... los dos tuvieron que viajar de pie los 140 kilómetros que faltaban para llegar a Atlanta. Al recordar aquella humillación infantil, King declaró: “Estaba decidido a odiar a todos los blancos”. Odio que se disolvería poco a poco en los grupos en que había integracionismo durante sus años de universidad.

En Crozer, un episodio marcaría una suerte de insatisfacción permanente en King respecto a las mujeres, hecho que lo llevaría a ir de una a otra, víctima de la pasión. Siendo presidente del Consejo Estudiantil y cuando ya empezaba a aficionarse al billar, la cerveza, las cartas, así como también al cigarrillo (que no fumaba en público) por el resto de la vida, retomó su carrera amorosa, la que había emprendido en Atlanta, entre las jóvenes de los alrededores, hasta que en el tercer año de estudios el cazador fue cazado. Se abandonó al más febril de los romances con la hija de una inmigrante alemana, cocinera en la cafetería de la universidad, que ya mantenía relaciones con un profesor. Sus amigos trataron de persuadirlo en su intento de establecer un vínculo interracial, no sólo por la reacción blanca en especial, sino porque así echaba por tierra su sueño de ser pastor de una iglesia sureña. Pero, ciego enamorado, se negó a dejar su idilio para terminar cayendo en la desesperación. Luego de un encuentro furtivo con la amada y de regresar a su cuarto, King despertó a un amigo y entre lágrimas le confesó que aunque se sentía capaz de retar la ira de su padre no sabía cómo enfrentar el dolor de la

madre y tampoco tenía ánimos de renunciar al amor de su vida. Al cabo de seis meses, enfrentado al hecho de que pasión podría matar ministerio, rompió su relación en medio de la tristeza, contribuyendo, con su decisión, a la alegría de un anónimo profesor de Crozer. En el Chevrolet verde que le regaló su padre por su éxito (no amoroso), King partió a la aventura en dirección norte para matricularse en los cursos de postgrado de *Boston University*. Se instaló en un apartamento frente a la sala de baile *Savoy*, cuya música retumbaba contra las ventanas cerradas de su cuarto, mientras se debatía estudiando con avidez a Platón, san Agustín,

gencia, personalidad y belleza. Tú las posees todas”. Coretta y Martin no sólo coincidían en su origen de clase, sino en su actitud ante la vida. Lo que rápidamente los identificó fue la búsqueda de una existencia más elevada que la de aquel mundo represivo y desolador en el que habían crecido. Tras la provocadora arremetida del comienzo, ambos pasaron a un idilio de sosiego que matizaban con obras teatrales y conciertos. Para casarse con Coretta, Martin no sólo rompió su compromiso con una joven de Atlanta, cuya familia era buena amiga de la suya; ante todo, con el recuerdo de aquella hija de alemana que lo condenaba a ir de una mu-

---

## La radicalización de King frente a Vietnam y su determinación de dirigir una *Campaña del Pueblo Pobre* sobre Washington incrementaron la posibilidad de una muerte violenta, anunciada, previsible.

---

Rousseau, Hobbes, Locke, Nietzsche... hinduismo, jainismo e islamismo. Tras leer a Marx, cuenta su biógrafo Marshall Frady, “King se sintió tan fascinado por su titánica acusación contra el capitalismo que desarrolló lo que habría de ser una antipatía de por vida por las cualidades del Sistema, frías y propias de Moloch”. (Frady: 37) Moloch: dios (malvado) de la secta hebrea de los amonitas al que se sacrificaban niños principalmente.

Pero, King no se dejó absorber por el estudio. También sacó tiempo para la vida social. El distinguido estudiante, joven y dandy, pronto encontró la salida a su despecho a través de su amiga Mary Powell, quien le presentó a Coretta Scott, estudiante de canto en el *New England Conservatory*. Sin darle tiempo a respirar, tras conocerse, le soltó: “Las cuatro cosas que busco en una esposa son carácter, inteli-

ger a otra hasta casi llegar a un metafórico furor uterino.

Coretta Scott era natural de Marion, Alabama, y pertenecía a una familia de recursos gracias al oficio de su padre, dueño de una aserrería. El matrimonio lo celebró el pastor King Sr., en casa de los padres de la novia, en junio de 1953. Sin embargo, el comienzo de la pareja no fue muy auspicioso: con todos los hoteles y moteles del vecindario cerrados para ellos por cuestiones raciales, “la pareja pasó la noche de bodas en el cuarto de huéspedes de la vivienda de una funeraria”. (Frady: 43) Dos años después nació el primero de sus cuatro hijos: Yolanda Denise, apodada *Yóki*; luego, Martin Luther III, en 1957, Dexter, en 1961, y Berenice Albertine, en 1963. Los ancestros de Coretta por la línea materna se encontraban entre los indios *Creek*, los mismos que fueron masacrados

por el general Andrew Jackson y obligados a pedir la paz, la que se les concedió tras entregar más de la mitad de sus antiguos territorios, lo que significó la pérdida de casi nueve millones de hectáreas tras la batalla de Horseshoe Bend, Alabama, en marzo de 1814. Marlon Brando, en su autobiografía nos revuelca la amnesia: “Desde las novelas baratas hasta las películas, la cultura popular ha reafirmado nuestra falsa caricatura de los indios; el convertirlos en demonios los ha deshumanizado y, por añadidura, ha elevado a la categoría de héroes populares a asesinos de indios como Daniel Boone, Andrew Jackson y Kit Carson”. (Brando: 384) En resumen, Coretta parecía la mujer perfecta para (el discoloro) King.

Los estudios de éste en Crozer y Boston lo llevaron a investigar los trabajos del nacionalista indio Mohandas Gandhi, cuyas ideas se convirtieron en el centro de su propia filosofía de protesta pacífica: la *satyagraha* (en sánscrito *verdad y firmeza*) o persuasión no violenta. Su interés por aquél surgió luego de asistir en 1950 a la Universidad Howard, para negros, en la que el presidente de la misma, Mordecai Johnson, quien había estado poco tiempo antes en la India, en una conferencia explicó profusa y detalladamente la obra del *Mahatma* y la forma como éste había transformado el principio de resistencia individual no violenta, de Thoreau, tanto como la desobediencia fiscal, es decir, la negativa a pagar impuestos a un estado ladrón (para el caso, Gran Bretaña); o uno de sus más célebres principios, según el cual reclamaba “no la ausencia de todo gobierno, sino, *enseguida*, uno mejor”, lo que de paso desmitifica toda asociación (peyorativa) de Thoreau con el anarquismo; un hombre que, en fin, pensaba “el mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto”, lo que lo hacía deudor de Lao-Tse: “Si el pueblo es difícil de gobernar es porque su superior interviene y actúa demasiado; de ahí vienen las dificultades del gobierno”. (Lao-Tse: 141)




---

¡Libres al fin! ¡Libres  
al fin! ¡Gracias,  
Dios Todopoderoso!  
¡Somos libres al fin!

---

Motivado por Mordecai, King se metió de cabeza a estudiar a Gandhi. Ya conocía el *Ensayo sobre la desobediencia civil*, de Thoreau, lo que desembocó en el fundamento de su ideología (que heredó del cristianismo) y de su línea de acción no violenta (por vía de Gandhi), la que poca gracia le causaba a su antípoda temporal Malcolm X, quien consideraba al movimiento por los derechos civiles un llamamiento cobarde a la integración, fruto de una necesidad perversa del oprimido por unirse a sus opresores: “Me parece un crimen que alguien a quien están tratando con brutalidad, acepte esa brutalidad sin hacer nada para defenderse... Es posible que veáis a esos negros que creen en la no violencia y que nos confundáis con uno de ellos y nos atacéis pensando que pondremos la otra mejilla... pero os mataremos sin pensárnoslo dos veces”. No obstante, muy poca gente en Estados Unidos entendió la filosofía que animaba la acción política de Gandhi y que se podría resumir con un ejemplo literario de otro

pacifista, Camus: en *El primer hombre* (1994: 135), tras la pelea que, en apariencia, Cormery le gana a Muñoz, el narrador dice: “Y así supo [Cormery] que la guerra no es buena, porque vencer a un hombre es tan amargo como ser vencido por él”. La devoción de King por Gandhi llegó al paroxismo cuando ya cansado sostuvo que podría retirarse y ayunar “hasta la muerte” (como hizo el líder indio 17 días antes de la suya).

En enero de 1954, King dio su primer sermón en la Iglesia Baptista de la avenida Dexter, en Montgomery, capital de Alabama, y el siguiente en mayo. Desde entonces, hasta septiembre, predicó semana tras semana. Pese a su juventud, su verbo fácil y persuasivo, su fuerza expresiva, le ganaron el respeto y el aprecio de la comunidad. En Montgomery alternaban, pues no convivían precisamente, 50 mil negros y 80 mil blancos: su relación era una de las peores del país. En semejante caldo de cultivo para el separatismo conoció a quien sería temporalmente su mejor aliado en la lucha anti segregacionista: Ralph David Abernathy (1926-1990), el principal pastor de la ciudad. Sin embargo, para decepción del propio King así como para los que hoy ignoren el verdadero papel de su sucesor en la *Southern Christian Leadership Conference* (SCLC), con sede en Atlanta, y su aliado más leal desde los días de Montgomery, tras la muerte de King, Abernathy fue retirándose “a una oscuridad desvaída que alcanzó el cenit de la ignominia”, de acuerdo con otros colaboradores de King, y de la mayoría de líderes negros, “al apoyar de forma oportunista la campaña presidencial de Reagan en 1980, después de lo cual fue rechazado categóricamente por su administración”. (Frady: 277) Como pensaba Malcolm X, una vez más el negro utilizado por el blanco: algo que King también tenía claro. Poco después de que Stokely Carmichael (primer presidente del Comité Coordinador de Estudiantes No Violentos, en inglés SNCC) retara su no violencia

con gritos de *¡Black Power!* y luego le confesara: “Martin, decidí plantear ese problema durante la marcha [en Greenwood] para darle un foro nacional y obligarte así a tomar partido...”, King le respondió al líder de las recién creadas *Black Panthers*, con una sonrisa entre afligida y comprensiva: “No es la primera vez que me utilizan. Una vez más no importa”. De ahí que, al respecto, el mismo Carmichael asumiera una postura radical, lúcida y sensata frente a los blancos: “Si intentas trabajar desde dentro te engañarán. La única forma en la que el negro puede ser eficaz es causando estragos desde fuera”. (Frady: 201)

El mismo año 54, el Tribunal Supremo de Estados Unidos prohibió la educación pública segregacionista que mantenían numerosos estados del sur. En 1955 la SCLC pidió a King que dirigiera un boicot contra una compañía de transporte público en Montgomery, a raíz del arresto de Rose Parks, una negra de 42 años, tras no ceder su asiento a un pasajero blanco en hechos ocurridos el 1 de diciembre de ese año. Durante la protesta de 382 días, King fue arrestado, agredido y encarcelado muchas veces, su vivienda destrozada y reiteradamente amenazado. El boicot acabó en 1956 cuando el Tribunal prohibió la segregación en el transporte de la ciudad. Lo que abrió el camino para lo que acaeció mucho tiempo después y en múltiples puntos del país. El detonador para la toma de conciencia política de los negros tenía nombre: Parks, King, Malcolm X.

## La lucha por los derechos civiles

En una visita a la India en 1959, King pudo desarrollar más claramente su comprensión del *satyagraha*, principio pacífico de Gandhi, que aquél había determinado utilizar como arma clave de protesta social. Al año siguiente dejó su tarea evangelizadora en Montgomery para ejercer con su padre en la Iglesia de Ebenezer, en Atlanta, lo que le permitió participar más

activa y eficazmente en el liderazgo del próspero movimiento por los derechos civiles, que en ese momento sufría una transformación radical. En un principio centrado en la reconciliación, ahora pedía un cambio “por cualquier medio posible”.

Las diferencias de ideología y jurisdicción entre la SCLC y otros grupos (*Black Power* y *Black Muslims*) fueron inevitables, pero el prestigio de King aseguró que la no violencia siguiera siendo la estrategia principal de resistencia. En 1963 dirigió una multitudinaria campaña en Birmingham, Alabama, para lograr la inclusión en el censo de los votantes negros, acabar con la segregación y conseguir escuelas y viviendas dignas para ellos en el sur. Durante estas campañas no violentas fue arrestado doce veces. A los pocos días de la batalla allí, que se inició el 2 de mayo de 1963, cuando el troglodita jefe de policía local, Eugene *Bull* Connor, echó sus pastores alemanes a los manifestantes y además ordenó utilizar mangueras de agua, King dijo: “Cuando joven los perros me mordieron por nada. Así que no importa que me muerda un perro por defender la libertad”. Las protestas tuvieron un impacto masivo. Según estadísticas del gobierno gringo, hubo 758 manifestaciones contra el racismo y 14.753 detenidos en 186 ciudades del país en las diez semanas siguientes a los sucesos de Birmingham (Smith: 86).

King dirigió la histórica marcha a Washington el 28 de agosto de 1963, donde pronunció su discurso *Tengo un sueño*. Entre otras cosas, dijo: “Sueño que mis cuatro hijos vivirán un día en un país en el que no serán juzgados por el color de la piel, sino por los rasgos de su personalidad. Hoy tengo un sueño. Que resuene la libertad desde la montaña de Piedra de Georgia; que resuene la libertad desde cada colina y cada montaña de Mississippi. Y cuando esto pase y cuando dejemos que la libertad resuene en cada pueblo y en cada aldea, en cada estado y en cada ciudad, podremos celebrar la llegada del día en que todos los hijos de Dios, blancos y negros, judíos y gentiles, protestantes y católi-

cos, podamos estrechar nuestras manos y cantar los versos del espiritual negro: ¡Libres al fin! ¡Libres al fin! ¡Gracias, Dios Todopoderoso! ¡Somos libres al fin!” Las mismas palabras que figuran como epitafio en su tumba del *South View Cemetery*, de Atlanta.

Menos de un mes después del discurso en el *Lincoln Memorial*, el 15 de septiembre de 1963, el sueño de King se resquebrajó: doce cartuchos de dinamita fueron puestos en el sótano de la Iglesia Baptista de la Calle 16 de Birmingham. A las 10:25 de la mañana, los petardos detonaron asesinando a cuatro niñas negras de 11 a 14 años: Denise McNair, Addie Mae Collins, Cynthia Wesley y Carole Robertson (el acto fue organizado por racistas blancos, apoyados por las autoridades, en su afán por aterrorizar a los manifestantes pro derechos civiles que a esa hora colmaban la zona: además de otros cómplices, el asesino de las cuatro niñas, Thomas Blanton, fue juzgado apenas en el año 2000). Al día siguiente, John Coltrane acudió a la Iglesia de la Calle 16 y poco después escribió el tema *Alabama* en respuesta a la agresión. Con su saxo imitó la cadencia del discurso leído por King en el funeral. A mitad de la plegaria, en actitud reflexiva frente al sermón en el que su dolor se convirtió en tea de lucha contra el racismo, la batería de Elvin Jones pasa del murmullo delicado a la rabia suprema. Con tal *crescendo* quería significar el ascenso del movimiento por los derechos civiles. *Alabama*, dentro del jazz, expresa a la perfección los sentimientos y las emociones de la época. Birmingham sería el comienzo de la toma de conciencia por parte de los *jazzmen* y a su vez el punto de partida de una fructífera eclosión musical, de la que jamás se habla en relación con los derechos civiles, que encarnó en figuras como el mismo Coltrane con el tema *Reverend King*, Sonny Rollins con el álbum *Freedom Now*, Charles Mingus con la poderosa canción *Fables of Faubus* (en la que lanza sus dardos sonoros al racista gobernador de Arkansas, Orval Faubus),

Max Roach tanto con su primer álbum, *Deeds Not Words* (1958), como con su segundo, *We Insist! Freedom Now Suite!* (1960), acompañado en el canto por Abbey Lincoln, su esposa de entonces.

Birmingham también fue el caldo de cultivo para las revueltas que alcanzarían su clímax en el verano de 1967, en más de 21 ciudades, entre ellas Los Ángeles, Detroit, Chicago, Washington, Nueva York. Un solo ejemplo de verdad incómoda, el informe que sobre la revuelta de Detroit publicó la revista *Time* el 4 de agosto del 67: “Durante el violento verano de 1967, Detroit se convirtió en escenario de los levantamientos más sangrientos del último medio siglo, y de los más costosos en términos de pérdidas materiales de la historia de EE.UU. Al final de la semana se habían contabilizado 41 muertos, 347 heridos y 3.800 detenidos. Unas 5.000 personas se quedaron en la calle, mientras 1.300 edificios fueron reducidos a montones de ceniza y ladrillos y 2.700 negocios fueron saqueados. El cálculo de daños ascendía a 500 millones de dólares”. (Smith: 106) El baterista de Coltrane, Rashied Ali, resume estos tiempos de efervescencia, calor e inconformidad: “Los 60 fueron tiempos de experimentación. Teníamos todo el tema de los derechos civiles, estaba King, estaba Malcolm, estaban las Panteras Negras. Había mucha diversidad a la vez. La gente estaba exigiendo sus derechos y queriendo ser igual, ser libre. Y naturalmente, la música refleja todo ese periodo, todo ese tiempo influyó definitivamente sobre nuestra forma de interpretar. Creo que es ahí donde incorporamos formas realmente libres. Todo el mundo quería escapar de lo rígido, escapar de lo que había antes; quería relacionarse con lo que estaba pasando. Y estoy seguro de que la música salió de todo eso”. (Shipton: 798)

Cuando en 1964, estando en el hospital de Atlanta a causa de una fiebre viral, recibió la noticia de que había obtenido el *Premio Nobel de Paz* la envidia blanca en persona del director

del FBI, John Hoover, saltó a la palestra para denunciar ante sus subordinados la “farsa” que suponía que a un “gato callejero” lo dignificaran con el Nobel. Ya antes había protestado porque a King lo había recibido Pablo VI en el Vaticano: “Me sorprende que el Papa conceda una audiencia a un degenerado como él”. (Frady: 204) Y a ese *degenerado*, Hoover, no sin la ayuda de Robert Kennedy, Fiscal General, y de su hermano John F. (Frady: 119-22; Dallek: 622, 628), lo persiguió hasta la muerte, básicamente por sus devaneos sexuales (una vez más la ficción desnuda a la realidad: los cables de la época, con las porquerías de Hoover sobre las intimidades de King, están en la novela *Seis de los grandes*, de James Ellroy) y sus supuestos vínculos con comunistas. Luego, decidió atacar más directamente. Cuando la campaña de Selma se encarrilaba, Coretta abrió un correo que había llegado a la SCLC dirigido a King y que daría en llamarse “el paquete suicida del FBI”; contenía una cinta y una carta anónima: “King,

---

“Si queremos estar del lado justo en la revolución mundial, debemos, como nación, someter nuestros valores a una revolución radical. Tenemos que pasar sin dilación de una sociedad orientada a las cosas a otra orientada a las personas”.

---

mira en tu corazón. Sabes que eres un traidor completo y un gran lastre para nosotros los negros, un imbécil disoluto y moralmente anormal. El público estadounidense, las organizaciones eclesíásticas que han estado ayudando... sabrán quién eres en verdad... Sólo tienes un camino para acabar con todo. Será mejor que lo tomes antes de que tu yo mancillado y traidor sea expuesto ante la nación". Para completar el programa urdido en las entrañas oficiales, cuando Coretta puso la cinta reconoció fragmentos de las grabaciones del FBI sobre las *obscuridades lujuriosas* de King en habitaciones de hotel junto con sus colaboradores: en ellas había confusos jadeos, gritos y otras expresiones. El humor, negro, de Coretta, esta vez iba en serio: "No pude sacar mucho en claro de todo aquello, era un galimatías". Pero, eso sí, "descifró lo bastante para hacer una llamada aturdida a su marido a fin de que regresase a casa". Cuando King oyó la cinta se sacudió: "Están ahí para destrozarme", sentenció. (Frady: 214)

Para destrozarlo habían estado ya los Kennedy con ocasión de la campaña en Albany, que supuso una de las más resonantes derrotas de King en toda su vida: secundados por la prensa, se encargaron en su momento de jugarle sucio al líder negro... Instigado por el presidente, el Fiscal, ante una delegación de los derechos civiles en Washington y con el propósito evidente de que se difundiera la noticia, señaló que la provocadora presencia de King allí debería desaparecer antes de que el gobierno de la ciudad se sentara a negociar con los líderes negros. King, sin haber superado el trauma de su primera reclusión en una cárcel sureña, fue arrestado al llegar a Albany y transferido a la localidad de Americus, donde recibió la custodia del sheriff Fred Chappell, un tipo hosco, de mal humor y ojos saltones: para King, "el hombre más mezquino del mundo". Al principio renunció a pagar la fianza, pero con rapidez cambió de opinión, justificándose: "No querría interponerme en ninguna

negociación importante". Tras suspenderse los mítines, regresó a Atlanta para esperar el resultado de las negociaciones; los responsables de Albany, sin embargo, no tardaron en desautorizar cualquier entendimiento: King había sido burlado y la prensa refería una "derrota apabullante" y una "devastadora pérdida de prestigio", a la que con sus oscuras maniobras los Kennedy habían contribuido. Las que ya habían realizado en Birmingham cuando tras la detención de 2.500 manifestantes negros, Robert, de nuevo azuzado por John, empezó a buscar *discretamente* los 160 mil dólares necesarios para pagar las fianzas que salieron "de las arcas de los principales sindicatos del país". (Frady: 161) Por último, Hoover sacó de su amarga chistera una acusación por comunismo contra King y más precisamente contra tres de sus colaboradores: Stanley Levison, Hunter Pitts O'Dell y Bayard Rustin. El periodista David J. Garrow, del *Atlantic Monthly*, (jul-ago, 2002: 80-88), señala: "La interminable crisis de Birmingham empujó a Hoover a filtrar a los medios la noticia de que subversivos comunistas estaban manipulando a King en Alabama".

Si los hechos descritos no constituyen terrorismo de estado, acoso e intimidación, entonces que hable de nuevo la ficción. James Baldwin, en *Sobre mi cabeza*, sostiene algo revelador, de cara a estos tiempos de inquietud y de terroristas y narcoterroristas, en lo que tiene que ver con sus orígenes y sus reales inspiradores: "Viajaba antes de la época de los controles electrónicos, antes de que surgieran los atracadores y los terroristas. De cuyo surgimiento los únicos culpables son quienes detentan el poder. Por ejemplo, ¿quién ha realizado más atracos que Inglaterra? ¿Quién tiene mayor pericia en la utilización del terror que mi propio desventurado país? Sí, ya lo sé; pero, hijos, lo que sale retorna, lo que enviamos nos es devuelto. Un terrorista recibe ese nombre sólo porque no está avalado por el poder estatal;

es terrorista porque no pertenece a ningún Estado. El Estado, cuando la suerte está echada, gobierna en el fondo por medio del terror legalizado, y es por eso que Franco gobernó tanto tiempo, es una verdad absoluta con respecto a lo que acontece ahora en Sudáfrica. Nadie llamó terrorista al difunto J. Edgar Hoover, aunque fuera exactamente eso, y si en este contexto alguien desea hablar de 'democracia' o de 'ética', perdonen a este pobre negro por taparse la boca con la mano para disimular que se está riendo". (Baldwin: 348)

Pero la persecución, tras lo de Selma, no paró ahí. Cuando previamente el *New York Times* le había enrostrado su esfuerzo por enturbiar el movimiento de los derechos civiles con la agitación antibelicista, al hacer en la iglesia de Riverside "imprudentes comparaciones de los métodos militares estadounidenses con los de los nazis", King se vio asaltado de nuevo por la repentina reacción paranoica y difamante de Hoover, quien en esta ocasión lo acusaba de nada menos que traición a la patria; en un informe privado, no dejó escapar la oportunidad para exhortar a Johnson: "Dadas las recientes actividades de King y sus declaraciones públicas es obvio que es un instrumento en manos de las fuerzas subversivas cuyo objetivo es menoscabar a nuestra nación". (Frady: 250)

### *Espera significa nunca*

La radicalización de King frente a Vietnam y su determinación de dirigir una *Campaña del Pueblo Pobre* sobre Washington incrementaron la posibilidad de una muerte violenta, anunciada, previsible. La guerra en el país asiático, para King no sólo era un hecho brutal; ante todo, represión colonialista ejercida por la super potencia blanca en perjuicio de un pueblo de color. Otro ejemplo del arte ilustra esta idea: en *Full Metal Jacket*, de Kubrick, la primera víctima en su afán desesperado por acabar con el pelotón enemigo, a la postre una solitaria vietnamita, es un negro, al que apodan *Bola Ocho*,

quien al caer utilizado como carne de cañón, exclama con ironía pero no sin humor: "Pon al negrillo tras el gatillo". De los 500.000 desertores de Vietnam que fueron imperdonablemente imperdonados la mayoría era negra. La guerra era sobre todo enemiga de los negros, más que por lo dicho, porque absorbía los recursos, la voluntad y la energía que podrían servir para erradicar la pobreza: pobreza, ante todo, de los negros. Estos, lejos de colaborar, deberían combatirla por todos los medios que fueran necesarios (como pensaba Malcolm X), incluyendo la resistencia al reclutamiento. El paso de las masas negras a la oposición se convirtió en uno de los mayores temores para el guerrillero texano Lyndon B. Johnson: en Dallas, su principal reducto de votantes, fue asesinado J. F. K.; era accionista de Helicópteros Bell, empresa que se oponía a la decisión de Kennedy de salir de Vietnam.

La *Campaña del Pueblo Pobre*, aparte de un problema para el gobierno Johnson, en tanto sus intereses de momento estaban fuera de la órbita nacional (Vietnam, Laos, América Latina), representaba un inmenso desafío para la voluntad y una inversión sin precedentes para el fisco. Según cálculos de James Reston, hombre cercano a King, sólo para eliminar los barrios negros y por extensión los más pobres de Nueva York se necesitarían 17 mil millones de dólares (Calderazzi: 306). Una cifra no inferior a los 100 mil millones de dólares costaría tentativamente la guerra a la pobreza. King, bajo el lema: "¡Arrepiéntete, EE.UU!", exigiría 30 mil millones de inversión federal para acabar con la pobreza, alcanzar el pleno empleo, garantizar unos ingresos mínimos anuales y construir 300 mil viviendas de protección oficial cada año. En suma, se trataba de extirpar a una "nación enferma y neurótica, al menos, de cierta parte de su enfermedad" e "irían por todas", dejó saber King,

King fue asesinado en Memphis, por James Earl Ray. Sus restos reposan en la Iglesia

Ebenezer, parte del *Centro para el Cambio Social No Violento Martin Luther King*, de Atlanta, en el que se guardan sus escritos, entre ellos *Marcha hacia la libertad* (1958), sobre el boicot de los buses en Montgomery, y *Por qué no podemos esperar* (1964), sobre el movimiento de derechos civiles. Muchos de los supuestos otros libros de King, no son suyos y de ello hay no pocos testigos... En su homenaje, en 1991 se construyó en Memphis el Museo Nacional de los Derechos Civiles en el lugar en que Ray le disparó con un fusil Remington de mira telescópica desde una pensión situada frente al motel Lorraine, donde King cayó. El 3 de abril de 1968, bajo gran tensión, pronunció un discurso en el que reiteró su fatal premonición: “He estado en la cima de una montaña y he visto la Tierra Prometida”, una de tantas alusiones a la sospecha de que su fin estaba cerca. Hoy podría decirse que la única Tierra Prometida para los negros, en Estados Unidos, es la de la muerte. En la ciudad donde murió Elvis Presley, el 4 de abril fue asesinado por un *demente*, como acostumbra a decir la historia oficial. Ray era un preso blanco que, escapado de la cárcel, fue arrestado por el crimen; declarado culpable y en 1969 sentenciado a 99 años de cárcel. En abril de 1998, a petición de la viuda de King, Coretta, y de sus cuatro hijos, Clinton instó a la fiscal general Janet Reno, a abrir una nueva investigación. Pocos días después, hecho curioso, falleció Ray. El 8 de diciembre de 1999, un jurado popular determinó que King fue víctima de una conspiración y no de un asesino suelto: el demente no lo era tanto. Debió esperar 31 años para que llegara la justicia.

King tenía su propia versión sobre por qué en la práctica *esperar* era sinónimo de imposible para el negro, para los negros: “*Espera* casi siempre significa *nunca*. Cuando tengan ustedes que luchar eternamente contra una agotadora sensación de *inexistencia* entonces comprenderán por qué nos resulta tan difícil esperar”. He ahí una síntesis de la experiencia negra con respecto

al abuso del blanco, a su perversa actitud de invisibilizar al negro, a la desmoralizante sensación para éste de deber esperar sin a la larga obtener respuesta. Y esa sensación de *inexistencia* no es otra cosa que el sucedáneo de la penosa categoría de hombres invisibles, que la sociedad blanca ha querido aplicar históricamente a los negros.

## La muerte como redención

La pesadilla del *hombre invisible* en su intento por ser aceptado dentro de la sociedad blanca, por ser parte del *american dream*, podría ser la pesadilla del propio King, de Malcolm X, Rose Parks, James Meredith, James Chaney, Huey Newton, Eldridge Cleaver, respecto a un medio excluyente. La actitud inconsciente de King por mostrarse digno, distante, altivo, podría representar el disfraz del negro que otrora engañó a su amo y al blanco en general: estrategia que ha utilizado para sobrevivir en Estados Unidos y que responde a lo que en el plano de la narrativa afro estadounidense el crítico J. Lee Greene llamó la “estrategia de la máscara”. (Rubin: 330)

En su afán por engañar sin querer, y sobrevivir queriendo, King tuvo que ponerse tantas máscaras que quizás por ello terminó destruyendo lo que le aseguraría la supervivencia: su condición de negro, no blanqueado (al que Ellington transformó en música, antes que Mailer en literatura), asimilado o absorbido. Condición a la que nunca renunció Malcolm X y de la que también se enorgullecía King cuando decidió emprender la admirable *Campaña del Pueblo Pobre*. Al final, poco importó que El-Hajj Malik El-Shabazz, nombre musulmán de Malcolm X, proviniera de los bajos fondos neoyorquinos, es decir, respondiera a lo que el ya citado Baldwin, llamaría “la creación más peligrosa para cualquier sociedad”, esto es, “la del hombre que no tiene nada que perder”. (Frady: 177) Pues, a la larga, King, salido de un ámbito solvente, terminó encarnando para el

establecimiento la misma peligrosidad que la de su ya homólogo militante. Por eso, aunque Malcolm X pensara que King era “un traidor para el pueblo negro”, hacia 1967 la expresión resulta por completo arbitraria e injusta puesto que no es, ni puede ser, traidor quien muere por su pueblo; por erradicar la injusticia, el racismo, la intolerancia; por actuar a nombre de su pueblo. Y por eso mismo, no puede decirse que King murió en vano. La muerte terminó siendo para él un premio al esfuerzo por contribuir a la mejoría de una “nación enferma y neurótica”. En pocas palabras, terminó asumiendo la idea de la muerte inevitable, incluso anunciada, previsible, como una posibilidad de redención... eso sí, sin cejar jamás en la lucha por cambiar las condiciones no sólo de su pueblo sino de todo el pueblo estadounidense pobre y excluido: el negro, el hispano, el oriental, el judío, el homosexual. Y esa fue la osadía que el *Stablistment* y la sociedad blanca no le podían permitir, no le podían perdonar.

En uno de sus últimos discursos en Ebenezer, King declaró que a su muerte sólo esperaba dijesen de él: “M. L. King Jr. trató de dar su vida

al servicio de los demás. Quiero que ese día alguien diga que M. L. King trató de amar a alguien... dar de comer al hambriento... vestir al desnudo... amar y servir a la humanidad”. Y en 1967, en la iglesia Riverside, de Nueva York, pronunció su discurso esencial sobre Vietnam. Recordó: “Nuestras almas y lealtades son más amplias y van más allá del nacionalismo. Sé que jamás podría volver a alzar la voz contra la violencia de los oprimidos en los ghettos sin haberme dirigido primero de forma clara al máximo inductor de violencia en el mundo actual: mi propio gobierno”. “La guerra en Vietnam no es más que un síntoma de una enfermedad mucho más arraigada en el espíritu estadounidense”, [con las implicaciones más calamitosas para el futuro del país]. “Si queremos estar del lado justo en la revolución mundial, debemos, como nación, someter nuestros valores a una revolución radical. Tenemos que pasar sin dilación de una sociedad orientada a las cosas a otra orientada a las personas”. (Frady: 248)

Para terminar: ¿Sueño inacabado? ¿Labor cumplida? ¿Esperanza satisfecha o insatisfecha? 

## Referencias

- BALDWIN, James. *Sobre mi cabeza*. Bruguera, 1982.
- BRANDO, Marlon. *Las canciones que mi madre me enseñó*. Anagrama, 2000.
- BURNS, W. Haywood. *Voces de protesta de los negros en Estados Unidos*. Eudeba, 1964.
- CALDERAZZI, Antonio Massimo. *La revolución negra en los EE. UU.* Bruguera, 1970.
- CAMUS, Albert. *El primer hombre*. Tusquets, 1994.
- DALLEK, Robert. *J. F. Kennedy. Una vida inacabada*. Ediciones Península, 2004.
- FRADY, Marshall. *Martin Luther King*. Mondadori, 2003.
- HALEY, Alex / MALCOLM X. *Autobiografía Malcolm X*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974.
- LAO-TSE. *Tao-Té-Ching*. Ediciones Orbis, 1983.
- RUBIN, Louis D. (Selección y prólogo). *El Sur de los Estados Unidos. Retrato de una cultura*. El Áncora Editores, 1994.
- SHIPTON, Alyn. *A New History in Jazz*. Continuum, 2001.
- SMITH, Martin. *John Coltrane – Jazz, racismo y resistencia*.